

y la compañía inseparable del perro es, aparte del gusto de los animales, indicio cierto del apoyo, defensa y compañía que echaba de menos, tanto en el campo como en la Villa.

Había nacido en Encausse por el año 1835, pueblecito del Alto Garona y en la margen izquierda de este río, no lejos de su nacimiento, en los Pirineos, en el distrito de Saint-Gaudens, formado hace años por 236 municipios y 120.000 habitantes. El propio cantón de Saint Gaudens tiene 21 municipios y 18.000 habitantes, de los que corresponden 6.000 a la capital situada a 404 metros de altitud, con estación en la línea de Tolosa a Bayona. El pueblecito de Belbece está a 362 metros de altitud y contaba 570 habitantes. No podía ser otra cosa contando con 18.000 para 21 municipios y teniendo 6.000 la capital.

Como pueblo de sierra y de sierra tan importante, dispone de aguas termales que surgen a 25 grados de temperatura, recomendadas para enfermedades de la orina y fiebres rebeldes. En sus inmediaciones existe la gruta de Argut. La industria maderera florece de siempre en esta comarca y el tío Juan al venir a España cambió totalmente de paisaje y de paisanaje, pero se aclimató y aquí murió.

Como otros muchos de la vía residió en Albacete, donde se casó con otra descendiente de franceses, pero nacida en Almansa, Consuelo Lavisiere y Pérez, cuyo segundo apellido denota el asentamiento de los franceses. Y en Albacete nacieron también los hijos mayores del tío francés, Juan Francisco y la Paulina de Brunner. Los demás hermanos Belbece Lavisiere todos fueron alcazareños. En sus hijos primeros recuerda los nombres de sus padres que fueron Juan y Paulina y su establecimiento en Piédrola debió significar igualmente la reminiscencia de su infancia en los campos de su tierra.

Juan Núñez del Hoyo Cano

Cuando conocí a Juan Núñez y fui amigo de su hijo Giordano, era jefe de noche en el Depósito y Manuel y Emilio fogoneros de plantilla. Vivían en la calle de la Estación, en la misma acera de Casitas, pero esquina a la calle de Cervantes. Eran los dos empleados más caracterizados de la calle, ocupada casi íntegramente por treneros. Al señor Juan lo veía todas las mañanas al salir de su servicio, cuando entraban al trabajo los de día. No había perdido el aplomo y la gravedad que le dio el ir en la máquina tantos años y se acentuó con su gordura y el contacto con los ingenieros galaicos, a imitación de los cuales llevaba un gran bigote y mosca.

Aunque vivía junto a Casitas y los dos hacían de jefecillos, cada uno en su servicio, pasando la noche en vela, no se veían, porque el señor Juan la pasaba en la reser-

